

Un Trabajo Decente

Por Ángel González Quesada

En muchas grandes ciudades de Latinoamérica, existen talleres clandestinos donde se realizan manufacturas para grandes multinacionales, en régimen de semiesclavitud, con horarios excesivos, condiciones casi inhumanas y sueldos de miseria, donde se aprovechan patronos sin escrúpulos de la situación de generalizado desempleo.

Tal vez sea que esas nubes grises, ese cielo de siempre permanente cual manaza que ni lluvia le obsequia, las que empujen a Sergio como hacia abajo, le pesen en los hombros y a sus diecinueve años que parecen cuarenta, le carguen a la espalda con piedras que no lleva y olas que lo empujan, y arrastren a su paso el tibio estupor del cansancio, ralenticen su marcha y en los ojos perdidos dibujen esa mueca de nada cuando mira.

Mueca que el corazón no reconoce
astilla cruel de vida que rezuma agua de cárcel
imposible cántaro de felicidad, pena sin audacia
hombre de más, viajero hacia la nada...
Esclavo, abre la boca...

Apenas brillo y apenas pupila. Apenas hombre; apenas figura que se confunde con el barro y el gris permanente de la ciudad que amanece, Sergio cumple hoy, precisamente esta mañana que sigue sin gritarle la esperanza, los primeros diez años de hacer cotidianamente ese camino seco al sótano donde cose suelas blancas de zapatillas blancas que nunca usará, y por eso puede comer, y donde la luz artificial, tanta blancura, ha estado quemando sus ojos desde que dejó de jugar en la calle para respirar el polvo adormecedor del caucho y el alquitrán adhesivo.

No se borró la calle sino el recuerdo de la calle
la niñez hizo hueco a una sombra de cristal
con el rostro cetrino de la desdicha
el niño envejecido que soñaba colores
es ahora blanco esqueleto de lo por hacer,
venda blanca, blancura de la vida, desesperanza...
Esclavo, abre la boca...

Ayer le dolió tanto la cabeza que creyó reventar y no ha dormido, así que esta mañana gris o tal vez blanca, baja al sótano y el olor acre del pegamento parece despertarle mientras se ajusta la mascarilla y los pegajosos guantes antes de sentarse ante esa astillera sucia donde la aguja cae y sube y cae y sube y hay un sonido metálico que le hipnotiza y va limando cada deseo, anulando cada pensamiento, oscureciendo toda luz que se atreviese a llamarse luz y cae y sube y sube y cae la aguja y pasa y otra suela y horas y estupor y cada vez más nada en la cabeza y toca la sirena y Sergio se levanta automáticamente, se apoya en la pared del fondo y algo blando come sin querer, la boca se abre sin saber, sin poder ni pensarlo.

Ese pozo de silencio que es la vida
sustancia un simulacro de estar vivo:
de regreso a casa el esclavo
se lava las manos en un cántaro roto
tiende los puños a la luna
y ni grita
y al futuro le pone
como siempre
cadenas de silencio
y después en el jergón
tal vez duerme

y duerme y duerme y duerme
mientras abre la boca y pronuncia
su nombre que no existe...

Más y más, día a día, sin esperanza. El trabajo le ocupa la vida de vivir y son dieciséis horas cada día del día, y nada más. La vida es una cosa, creyó cuando creía, que debe transcurrir más allá del horizonte. Trabajar para trabajar. La vida por la vida... vivir para vivir...

¡No!

Gritemos: para que cada camino conduzca a otros caminos

para que nuestros pasos encuentren otros pasos

para que el hambre no tenga rostro

para que el amor viva con el amor

y la gente la nombren cual personas...

Gritemos por la risa de un trabajo decente

para llenar de alegría nuestro venir

nuestro ir

y nuestro porvenir...

para que la vida reúna todos nuestros sueños

y para que la muerte no llegue antes que la muerte.

Volvamos a abrir los ojos a la esperanza

tendámonos las manos y volvamos a empezar

dando a cada uno

lo suyo

ni más

ni menos.

El mundo espera al mundo y cada hora ha de esperar la siguiente

no repetirse.

La dignidad persiste si tiene aire

y dirán las palabras lo que quiera la lengua

y nunca será indigna la labor ni las manos

ni la palabra esclavo vivirá en nuestra boca.